

OK MARCO FIDEL SUAREZ



Obras. Tomo I. Edición preparada por
Jorge Ortega Torres. Prólogo de Fernando
Antonio Martínez. Bogotá 1958. Editorial
Voluntad. XXIII.+1491.

Escribe: VICTOR SANCHEZ MONTENEGRO

El benemérito Instituto Caro y Cuervo ha emprendido desde algún tiempo la publicación de "Clásicos Colombianos", de los cuales aparecieron dos tomos que corresponden a las obras de don Rufino José Cuervo y están en elaboración y otras en prensa, como las de José Eusebio Caro, y la mejor de éste, según frase ya consagrada, la de su hijo don Miguel Antonio. El 15 de septiembre del presente año, apareció el primer tomo de las obras completas de don Marco Fidel Suárez, que representa, desde el aspecto material un verdadero alarde editorial, en un todo de acuerdo con la aparición de las obras del autor de "Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano". Nos referimos al trabajo tipográfico de la Editorial Voluntad S. A., de esta ciudad.

Según tenemos entendido, la obra completa del insigne gramático contendrá cinco o seis tomos, lo que prueba la enorme producción del gran humanista del antiguo Hatoviejo, que en su larga vida alcanzó a tratar infinidad de temas, muchos de ellos de gran interés histórico, político, internacional, filosófico, pedagógico, religioso, apologetico, necrológico y sobre todo, gramatical, que constituyó talvez su mayor fuerza dialéctica. Precisamente, el primer bloque de este suntuoso edificio literario contiene todos estos departamentos, menos el internacional, pero en cambio se aumenta con algunas traducciones. Para mayor facilidad de la consulta, se ha enriquecido la obra con un índice alfabético de palabras y frases, al final del "Análisis gramatical de Pax", es decir, de las que el señor Suárez estudió en aquella tremenda crítica, hoy un tanto desusada.

Una verdadera recensión de este primer volumen sería trabajo dispendioso en extremo, ya que habría necesidad de referirse a cada uno de los grandes capítulos, con serio y profundo detenimiento, dada la calidad del autor y el material valioso que maneja su doctísima pluma. El infatigable buzo, explorador de este mar inmenso de la obra del señor Suárez, el doctor Jorge Ortega Torres, encontró en las revueltas aguas de libros, periódicos, revistas y hojas sueltas, tal cantidad de datos, que pudo llenar un gran volumen de la bibliografía suarista, en 1956, bajo el patrocinio directo del mismo Instituto Caro y Cuervo, guardián insomne del idioma, bajo los auspicios de estos dos nombres que llenan por sí solos una etapa gloriosa de la filología de Colombia y de España, con las demás naciones que heredaron su sangre, su religión y su idioma.

Y ahora, el doctor José Manuel Rivas Sacconi, director del glorioso instituto antes mencionado, encomendó nuevamente al doctor Ortega Torres la búsqueda de todos los escritos del señor Suárez desde los comienzos de su vida literaria, como seminarista de Medellín, hasta que rindió la jornada hace treinta años cumplidos. De acuerdo con la Advertencia Editorial que figura inmediatamente después del admirable prólogo del doctor Fernando Antonio Martínez, han colaborado en este primer tomo de las obras completas, el P. José Ortega Torres, quien hizo la clasificación por secciones y el orden de inclusión de los artículos, el mismo recolector y revisor, además del índice alfabético ya referido e ininidad de notas aclaratorias y referencias a las fuentes originales; don Augusto Toledo, quien se revela como un erudito filólogo y gramático redactó muchas notas para el Análisis de Pax"; y el colaborador del Instituto, señor Ismael Enrique Delgado, hizo además del laborioso trabajo de corrección de pruebas, desde el pliego 50, la interesante confección de los respectivos índices. Un libro como éste, es una demostración palpable de que en Colombia subsiste vigorosa la sagrada heredad de los filólogos y gramáticos de fuste, que se encargan de que sea verdad, que aquí se presenta vivo el fuego que purifica el idioma español, y sus expresiones mantienen la noble expresión del idioma y su castiza raigambre en América.

La parte principal de este volumen está contenida sin duda, en la sección gramatical que comprende: su "Ensayo sobre la gramática castellana de don Andrés Bello", "El pronombre posesivo, o sea una pequeña muestra de una gramática histórica

de nuestra lengua", y sobre todo, sus "Estudios gramaticales", introducción a las obras filológicas de aquel insigne venezolano. De todos es sabido que el primero de los nombrados, el "Ensayo" muy erudito, fue un trabajo que el señor Suárez presentó con éxito rotundo en 1881 al concurso que la academia colombiana abrió como un homenaje al señor Bello al cumplirse el primer centenario de su nacimiento. Aquel estudio apenas tiene cinco partes, mientras que su ampliación que fue publicada en la "Colección de escritores castellanos de Madrid", cuatro años después, tiene en "La Instrucción", ocho capítulos; en la primera parte, 17, y en la segunda, que se refiere a la crítica, 5.

"El castellano en mi tierra" es uno de los trabajos filológicos de más alto relieve que se hayan presentado en Colombia, y revela toda la potencialidad de un verdadero sabio del idioma, sobre todo, porque supo huir de sí mismo, abandonando el clasicismo profundo de sus demás conocimientos a través de una preceptiva demasiado rigurosa, para hacernos saborear el sentido popular del idioma, creador de las bellezas perdurables, que lo acercan al "uso en sus relaciones con el lenguaje", y demuestra la tenacidad con que el pueblo conserva en su habla las expresiones demostrativas, cuyos hontanares principales estuvieron en el Siglo de Oro, dice el señor Suárez, cuando ciertamente corresponde la realidad de la expresión al Ciclo o a la edad de Oro.

Hay otros estudios gramaticales en esta sección, pero de preferencia quiero referirme al "Análisis gramatical de Pax", que en el tomo ocupa cerca de ciento cincuenta páginas. Confieso sinceramente y muy complacido, que el mejor estudio que se ha hecho hasta la fecha de esta obra del señor Suárez, está contenido en el excelente prólogo de ésta, escrito como se ha dicho, por el doctor Fernando Antonio Martínez. A tales horas de la vida, muy pocas personas se han atrevido a leer ese "Análisis" que es una verdadera catapulta lanzada contra dos insignes literatos: don Lorenzo Marroquín y su colaborador en muchas partes de la novela, el ilustre doctor José María Rivas Groot. "Pax" es una muestra admirable de la combinación de dos grandes talentos que sintieron la necesidad de gritarle al país que no quieren más sangre, y en cambio piden paz a los hombres de buena voluntad; pinta la realidad de la vida bogotana con un realismo de buena ley y desfilan por esas páginas fuertes personajes conocidos bajo el seudónimo, si velado en apariencia, en su época todos podían descifrarlo claramente. Por ejemplo, Landábuero, en

la novela es el general Uribe Uribe; Mata, es J. A. Silva y Guillermo Valencia; Montellano es don Pepe Sierra; Alejandro Borja, es Alejandro Urdaneta; Roberto Avila, es Roberto de Narváez; el Sebastián Miranda, es Carlos Cortés Lee; Ronderos es don Jorge Holguín; Karlonoff es Vergara y Velasco; el conde Dax-Bellegarde, es Elbers, fundador de la navegación a vapor en el Magdalena; Socarraz es J. Ignacio Gálvez, y el ministro Alcón es don Marco Fidel Suárez. En el Capítulo VII, de la novela "Pax", cogido al azar, encuentro alusiones terribles contra el ministro de Finanzas encargado del Despacho de Guerra, don Melchor Alcón. En plena guerra, el presidente envió a éste un decreto para que lo firmara sin tardanza.

—“Alcón lo recorrió a la ligera con la mirada, y firmó y volvió a leer”...“Artículo Tercero: “Confíérese al general graduado Alejandro Borja la efectividad de este empleo, nombrándole jefe de Estado Mayor...”.

—“Está bien, dijo Alcón entregándole el decreto firmado, en actitud resignada. Llévelo con mi firma aunque tiene por ahí un gerundio galicado”. Páginas después describe la comilona estupenda rociada con vinos en el mismo despacho ministerial.

—“Permítame la gallina, para trincharla, dijo Gacharnah mientras se alzaba los puños de la camisa.

—Ah, no replicó Agüeros; eso entra ya en mis funciones oficiales.

—Vamos a ver, dijo Alcón en una expansión de alegría y con su carcajada que era un relincho”...

De paso se puede apuntar como simple recordación que don Lorenzo Marroquín entró también al concurso de la Academia Colombiana en 1881 con motivo del centenario de Bello, con un magnífico estudio intitulado “El poema del Cid, ensayo crítico de la obra de don Andrés Bello”, y el primer premio de este certamen lo compartió con el señor Suárez. No quiero decir, ni por asomos que ésta hubiera sido la causa del ataque feroz y muchas veces injusto del último al hacer el análisis de “Pax”, sino que tuvo en mientes los ataques de ésta y en realidad algunos errores gramaticales, pero hay que advertir que los insignes autores de la novela se adelantaron a la época, tuvieron de las palabras un significado que después confirmó la Academia, como se lee en las sabias notas de quienes intervinieron en su estudio con magistral capacidad.

Y aquí está precisamente el valor intelectual de la crítica del prologuista, al crítico de Pax, ya que el genio de este ilustre gramático se ancló en su clasicismo, rechazaba las imágenes nuevas que no estuviesen a tono con su sensibilidad, y al examinar la dureza inmisericorde de algunas observaciones, el doctor Martínez manifiesta sinceramente que hoy, esa clase de críticas es inoperante, porque parece haber pagado tributo el señor Suárez al antiguo retoricismo antes que a la verdadera ciencia del lenguaje. Pero sigue siendo verdad incontrastable que la obra del señor Suárez en este aspecto simplemente gramatical es de una estructuración de alto vuelo, porque representa un valor positivo dentro de esta ciencia, y estos valores, como lo dice el doctor Martínez no caducan jamás. El Instituto Caro y Cuervo ha hecho una obra de gran mérito, digna de todo encomio por la forma netamente científica como emprende y realiza sus trabajos.